

LA MARFEGA DE PALLOQUES

En la sierra de Enguera, año 192...

—Batista, ¿has visto hoy muchas perdices?

—Una, tío Jaime.

—¡Chico, *quina bandá!* Anda, tira al fuego una buena *brazá* de leña menuda, para que el *rogle* se ensanche y podamos sentarnos todos... No te pases, *chiquet*, que ya las llamas suben hasta el *humero* y me temo que algunas *botifarras* se descuelguen de lo alto y tengamos que hacer resopón con ellas. ¿Veis? Ya hay sitio para todos; los perros se han *desapartau* y hasta los perdigotes, con el calor, se *escarotan* y se *piensan* que están en la movida; sólo falta que Enrique nos pase la petaca ésa, con tabaco andorrano que guarda para los amigos... Una de las muchas cosas buenas de la sierra de *Engra*, es que todo viene justo: el pan con la *mezcla*, el vino con la sed y el sitio en el fuego con los cazadores. ¡Bueno, se me olvidaba! Y la cena con el hambre, porque esta noche nos hemos *embuchau* el *chotico* que tenían ya *preparaico* para esa familia de Játiva que llegaba hoy. Y usted, José, ¿no ha sabido nada de esos *folasteros*?

—Nada, tío Jaime, lo que les dije la semana pasada, cuando ustedes llegaron: que don José me había escrito desde La Seo de Urgel, diciéndome que vendría una hija del coronel de Játiva, con unos *chiquetes* que ha tenido *malicos* y se han *quedau des-ganaus*, y que les atendiera lo mejor que pudiera. Luego recibí otra carta de estos señores diciendo que llegaban hoy sin falta. Yo y la Trinidad hemos *preparau* la cena, pero no han venido, y todos ustedes se la han comido. Y no sé más, tío Jaime.

—Sí que me extraña, pero no hay que preocuparse: el único problema era el choto, pero entre todos lo hemos resuelto. Yo soy hombre de *buen conformar* y en un apuro de éstos me porto como un *fadrí*, y, si hay que comerse unas *chullas* de más, me las como. Y es que, como decía mi *agüelo*, que también se llamaba Jaime y era muy sabihondo, *todas las cosas de este mundo tienen su puntica buena, y el hombre debe cogerlas siempre por esa parte buena.*

—Tío Jaime, tal vez tenga usted razón en las cosas *menudicas*, pero las desgracias gordas como una *pedregá* o un año que no llueve, ¿qué *puntica buena* tienen?

—Pues la tienen, Ramón, la tienen. Mas para encontrarla hay que tener el buen humor de ese *agüelo* mío, que la mayoría de vosotros no ha llegado a conocer. Ahora os contaré una buena *pasá*.

Todos hemos oído nombrar lo que fue en *Engra* el año de la *seca*: meses y meses sin caer una *gotica*; las cosechas, perdidas; de trigo, ni paja; unas pocas olivas que no tenían más que *piñol*, y, de uva, unos *sangrones* que parecían *pansas escaldás*; el *ganau*, muriéndose; las cabras no tenían más que *pellejas* y unas *mamas escorridas* que no daban más que una *miaja* leche en polvo; los aljibes, secos, y en la Fuente de Lucena, una *baveta*; en fin, una *perdición pa to* el pueblo. Finalmente, ya *desesperaus*, entre el cura y el alcalde me organizan una rogativa. Al caer la tarde tocan las campanas y toda la gente acude a la iglesia. Se forma la *proseción* y salen delante los tres *monecillos* con la cruz y los candeleros. Mi *agüelo*, que era un *hombrón* más grande que la carrasca de Toñuna, ya estaba en la plaza de la Iglesia; se adelanta, coge la cruz y, con ella en alto y un *monecillo* en cada *lau*, tira calle del Señor abajo, seguido de hombres y mujeres rezando; luego atraviesa la plaza de San Pedro y sigue por la calle San José, pero al llegar al final, empalma carretera *alante*; la gente que le seguía empezó a preguntar: *Tío Jaime, ¿"ande" vamos?* Pero mi *agüelo*, serio y tieso, ni *reviró*, tirando carretera abajo hasta que, pasada ya la Cruz de Piedra, llegó corriendo y *bufando* el *sagrístán*, *mandau* por el cura (que con el Ayuntamiento iba detrás), para preguntarle que *ande* los llevaba. Mi *agüelo* se paró y contestó, muy serio: *¡A Jerusalén, que, antes de llegar, estoy seguro que lloverá!* Al oír aquello, *esclató* la gente en risas: rieron las mujeres, rieron los hombres y rieron el cura y el alcalde cuando el *sagrístán* volvió con la contestación. Y mi *agüelo* me dijo que algo de gracia debió hacer su *golpe* a San Miguel, porque a los pocos días vino un turbión que *arremató* la *seca*.

—Buena *pasá*, tío Jaime, buena. Veo que eso de las bromas le viene de *nación*.

—A *tós* nos gusta, de vez en cuando, reírnos con los amigos. Aquí tenemos a Ricardo, que hace poco se la gastó buena a Mariano, y siguen los dos tan amigos como siempre. ¿No es *verdat*? ¡Anda, Ricardo, cuéntanos lo que hiciste!

—Total no pasó *na*, pero lo contaré. El año *pasau* aún estaba yo con la *milí* en Játiva, y quedé con Mariano y dos más de la Ribera, en ir a cazar al Transformador el día de la

Virgen de Agosto, que levantaban la veda. Aquella mañana salí de guardia y llegué a *Engra* cuando tocaba la *batallá*. Mariano, con los *folasteros* y los perros, cazando, por el camino de las Rochas se había venido a la sierra a primera hora; yo, tras comer un *bocau* en casa, llegué al Transformador sobre las tres de la tarde. Pregunté por los cazadores y la tía María me dijo que estaban durmiendo la siesta debajo de la higuera. Allí me los encontré: los tres dormían *pancha* arriba y además, Mariano, con la boca abierta. Le pedí a la tía María algo de sal. Me dio la orza y con toda mi paciencia les fui llevando las bocas con *tarrochetes* de sal. Aguantaron mucho sin despertarse, carraspeaban, tosían y se movían sin parar, hasta que al cabo de un rato dieron un *blinco* y salieron corriendo al *cellero* a buscar los cántaros.

—¿Y los encontraron?

—Sí, pero como los había yo dejado: vacíos...

—¡Buena faena, Ricardo!

—¡Tan buena, tío Jaime, como la suya de las *tacetos de bufalaga*! (*)

—¿Y se *cabrearon*?

—Hombre, algo *repropiaban* en el primer momento, pero se les pasó al mismo tiempo que la sed, con unos pozales de agua y una *marraja* de vino de casa del Salero.

—Mariano, ¿cómo os *pegó* la sal?

—Pues a nosotros, regular, tío Jaime. Nos quedamos a dormir en una casa de Navalón y estuvimos toda la noche haciendo viajes a la cuadra *pa* orinar. Al que le sentó peor fue al amo de la casa, pues la cuadra, a la *mañanica*, era una pura balsa, con cuatro *pollicos ahogaus*, y el macho *tordillo* lo tuvo *privau* casi un mes, y decía que era de la humedad. Cuando nos despedimos nos dijo: *Podéis volver cuando queráis, pero avisar con tiempo y pondré las "lluecas" con huevos de pato.*

—Y tú, Mariano, ¿no te piensas que Ricardo, uno de estos días, puede gastarte una broma?

—Pensarlo ya lo pienso, y por eso, *pa* dormir, me echo *pancha* abajo y con un *espigón ataconau* en la boca.

—¿Pero te queda enfado?

—De enfado, *na*, tío Jaime, que si me quedara, no estaría aquí cazando con Ricardo.

—Bien hecho, Mariano, bien hecho, que las bromas hay que tomarlas como lo que son.

—Pero, ¿y si la broma es *pesá*?

—Aunque sea *pesá*, Ramón.

—Pero, ¿y si por pura broma *embocan* a uno dos *bascollás*?

—Aunque sean *bascollás*. Y os lo voy a demostrar con lo que pasó hace poco en *Engra*. Tós conocemos a *Ramonet*, el molinero de Anna. Pues este muchacho, hace un par de años, se iba ya con su carro lleno de *molinás* para casa, cuando en la calle San José se encuentra con el Lucero, que le dice: *¿Puedo ir con "tú" a Anna? Ramonet* dice que sí. Sube al carro el Lucero, bajan por la calle Zalamea; *Ramonet* para el carro y le dice al Lucero: *Espera, que voy a recoger una "moliná"*. Entra *Ramonet* en una casa *ande* vivía entonces una *fadrina* a la que *curruqueaba Ramonet*, planta allí una *llorenza*, hasta que una vecina entra y le dice: *¡Ramón, que se va el carro! Ramonet* agarra el saco de trigo, se lo *tira* al hombro y arranca calle abajo, *pegando* voces: *¡Para, Lucero! ¡Para, Lucero!* El carro paró, pero estaba ya casi en la Cruz, y Ramón, *colorao* como un *perdigot*, sin poder *alendar*, tira el saco en la trasera del carro, se adelanta a las varas y de la primera *bascollá* desmonta al Lucero y en seguida le *emboca* más *galtás* que granizo lleva una *pedregá*. El Lucero no decía ni hacía *na* y a *Ramonet* le parecía una *concencia* seguir pegando a una persona que no le contestaba, y como la *acalorá* era tan grande y aún le apetecía seguir con la tunda, le chillaba: *¡"Tórnate", hombre, "tórnate"!* Pero el Lucero, *plorando*, tapándose la cara como podía y *acabizcalau*, no se *tornaba*. Al final, *Ramonet*, *cansau* y *pasá* ya la primera *sofocación*, le dijo: *Anda al carro, sube y vámonos "pa" Anna.* Y aún le dio un cigarro para que el tabaco le bajase la subida que por las *puñás* tenía el Lucero en las *galtas*. Y siguen siendo amigos. En cambio, si el Lucero se *torna*, *Ramonet* no para, se *amargan* los dos, el Lucero se queda sin ir a Anna, y enemigos *pa* toa la vida.

(*) «La bufalaga», en ENGUERA, septiembre 1976.

—Bueno, pero *pa* eso, tío Jaime, hace falta no tener sangre.

—Pues ahora viene lo más gordo: de todo lo que os he *contau* se ha *enterau* un extranjero muy importante, que le dicen —no sé por qué— el Gandhi, que manda mucho en un lugar que está muy largo de *Engra* y que se llama la India. Allí, los que más mandan son los ingleses —que son *tolasteros*—, y los indios quieren tirarlos fuera, pero no pueden. Ahora, el Gandhi ése se ha *enterau* de lo de *Ramonet* el molinero y el Lucero, ha *pensau* mucho y dice que el Lucero de *Engra*, al dejarse pegar para poder ir a Anna, ha *inventau* una cosa muy difícil de inventar que se llama algo así como "la resistencia pasiva". Dice el Gandhi que cuando uno le pega a otro, se le va la fuerza en la *bofetá* y se la pasa al que la recibe. Vamos, algo parecido a la cola, que cuanto más pongo en un tablero, más fuerte queda éste y menos cola tengo en el cazo. También dice el Gandhi que si *tós* los indios, sin *tornarse* nunca, se dejan pegar *bascollás* por los ingleses, *toa* la fuerza de éstos pasará a los indios. Y puede que tenga razón, porque como los indios están muy flacos y no tienen *galtas*, *toas* las *galtás* se las pegan en las *barras*, que las tienen duras como de carrasca, y se les ponen a los ingleses las manos perdidas, *hinchás* como botas y hasta con *cangrena*, que a más de uno le han tenido que cortar el brazo.

—Mire, tío Jaime, *to* eso del Lucero y *Ramonet* me lo creo porque *usté* lo cuenta, y hasta eso de que la fuerza pasa de uno a otro como la cola, me lo trago. Pero ¿quiere *usté* explicarnos cómo ese tío Gandhi se ha *enterau* de lo que pasa en nuestro pueblo?

—Mariano, no seas *careto*. ¿Te piensas que porque nunca has *pasau* del río, ninguno de *Engra* ha ido más largo? Aquí tienes *sentau* a tu *lau* a Enrique, que ha recorrido *tós* los teatros de España y de la tierra del moro. ¿No es *verdat*, Enrique?

—Sí, Jaime, sí, y no me fui a las Américas porque siempre ando malucho y lo que más me *prueba* es *Engra*.

—¿Y *usté* qué hacía en los teatros, *titaros*?

—No me seas *bucarán*, Ramón; yo hacía ventriloquía.

—Bueno, tío Enrique, no *me se* ponga así, que no quería faltarle.

—¡Si no me enfado! Quería decirte que yo en los teatros trabajaba con muñecos, como el Cirilo que pongo en la puerta de casa el día de San Antón.

—Bien, está *explicau*. Siga, tío Jaime, siga con lo que nos contaba.

—Pues veréis... Según me han dicho, en la India hay hambre *tós* los años.

—¿Es que la tierra es floja?

—No; lo que pasa es que las mujeres son unas conejas muy paridoras y levantan un par de cosechas cada año y, cuando menos, *bezoná*. Claro, no tienen *na* que llevarse a la boca y van en cueros vivos por las calles. Con deciros que la mujer del Gandhi, desde que se casó, no ha podido hacer la cama: el marido, como no tiene *na* que ponerse, se levanta por la *mañanica*, coge las sábanas, se lía una al cuello y se ata la otra a la cintura, y ¡a *pedricar* a la gente lo de *Ramonet* y el Lucero! De esta miseria se enteró un viajante de uno de *Engra* que le dicen Vicente Marín —que es el hombre más listo que ha *pasau* por la pila de San Miguel— y se fue a la India a venderles algo *pa* taparse, pues hasta el pámpano había *pegau* mal aquel año; y este viajante fue el que le contó al Gandhi *to* lo que había *pasau* en nuestro pueblo.

—Tío Jaime, y *usté*, ¿cómo sabe tantas cosas?

—Porque me gusta *sentir* lo que dice la gente.

—Pues eso será en otros lugares, porque esta noche ha *cascau* más que las *granotas* del *viver* de Lucena en el mes de agosto.

—¡No exageres, Mariano, no exageres! A *to* esto, son las diez de la noche; mañana, a la *puntica* del día, quiero estar en el *paraor*, el candil está *pegando* las últimas *boqueás* y yo me voy a dormir. Oiga, José, ¿Enrique y yo nos acostamos en las camas del cuarto de arriba, como las demás noches?

—Sí, tío Jaime, no faltaba más; precisamente la Trinidad, pensando en la familia de Játiva, esta mañana ha *estovau* los colchones y *cambiau* la ropa de las dos camas.